

De gestis virorum illustrium Facultatis

Prólogo

Me propongo ser el historiador de la Facultad. No espero ser remunerado por el Honorable Consejo. Que otros se encarguen de recopilar cuidadosamente los planes de estudio, ordenanzas y programas, en cuyas líneas duerme la historia oficial de la casa; yo, incapaz de leer, no digo un libro de actas, sino un acta sola, enderezaré por otro camino. La historia de la Facultad no está guardada en los armarios de la secretaría, sino en el archivo animado de la memoria de aquellos que fuimos actores en sus episodios. Porque esa historia la hemos hecho nosotros, los estudiantes, y son nuestras ambiciones y nuestros desfallecimientos, nuestras esperanzas y nuestras decepciones, nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestros alborotos y nuestros silencios, nuestro charlar, nuestro reír, nuestro estudiar, es toda esa diaria animación de los corredores y las aulas, que constituye la vida verdadera de la Facultad.

Relataré los hechos con austera ecuanimidad. Todos pueden tener confianza en mí: tengo a mi lado la balanza de la justicia, previamente revisada por los inspectores municipales. No me atan a nada y a nadie, ni vínculos de religión, ni de nacionalidad, ni de secta, ni de familia, ni de afecto: voy a ser verídico, terriblemente verídico, y si algún nombre propio ha de caer bajo la reprobación de mi pluma, y bien... que caiga! Yo me lavo las manos: no soy yo el que escribe, es Clío ⁽¹⁾. Quizás le falte a mi narración todo aquel rigor metódico que el género exige. Lo confieso: he olvidado por completo las sabias conferencias de metodología del doctor Dellepiane, y aun no he acabado de leer la *Enseñanza de la Historia en las Universidades de Alemania*, del doctor Quesada. Pero otro rehará mi obra.

(1) Debo una advertencia especial a los señores estudiantes del profesorado de historia. Clío no es ni mi mucama ni ninguna tierna amiga, como podrían acaso suponer: es la Musa de la Historia.

Yo, modesto cronista de un mundo que desaparece, acumulo el material, para que otro construya. Prefiero ser el Heródoto y no el Curtius de la Facultad. Bueno; a falta de la toga, que con dignidad severa endosaba Maquiavelo cuando comentaba a Tito Livio, yo revisto un guardapolvo y entro en funciones.

El período mítico

Mis recuerdos no se remontan hasta los primeros tiempos de la Facultad. Ni sé cuándo fué fundada. ¿Han pasado años, decenios, siglos? ¿Que fué una legendaria Facultad de Humanidades que alguna vez he oído vagamente nombrar? Misterio. Misterio oscurísimo. Será necesario encargar a los doctores Ambrosetti y Debenedetti, que practiquen algunas excavaciones, para que sepamos algo de esas edades muertas. Pero yo he conocido, allá en mi juventud inocente, cuando hacía mis primeros pasos en la casa, he conocido a algunos viejos alumnos, canosos por los años y la experiencia, que sabían... Sí, ellos recordaban lejanamente los tiempos pretéritos, lejanamente digo, y eso que algunos eran profesores de gramática.

Y me contaban: seres fabulosos se deslizaban a lo largo de los corredores sombríos, débilmente alumbrados en cada extremo por una linterna o cosa así.

Yo conocí íntimamente a uno de esos héroes antiguos y de sus labios que sólo se abrían para pronunciar lacónicamente la verdad, algo, aunque nebuloso, pude saber. Sus relatos acunaron mi infancia universitaria. Eran narraciones de acciones enormes y heroicas, a cuyo sólo pensamiento nuestros pusilánimes corazones contemporáneos se hielan de asombro y de espanto. Se llamaba Alberto de Diego. Vive, pero ya no es él, ya no es el De Diego típico, insustituible, único, clásico: ahora es el señor vicerrector del Colegio Nacional Sur.

¡Nuestros antepasados comían salame en las aulas, bajo la mirada, no sé si benevolente o aterrada del catedrático! Sí, así era, como De Diego me lo afirmó repetidas veces imperturbablemente con su palabra fidedigna. Y ahora me acuerdo de que no dormí el día en que él me contó la espeluznante historia del profesor que dió su lección a un gato, al cual, fascinado por sus ojos fosforescentes, tomó en las tinieblas de la clase por un oyente atento. Y también recuerdo que me abismé ante él

de admiración aquella otra vez en que juró sobre los manes de la casa, que él había vivido algunos meses en sus sótanos con Rubén Darío y Gómez Carrillo. Nunca, desde entonces, he podido admitir lo que ciertas personas han pretendido certificarme: que Gómez Carrillo jamás ha estado en Buenos Aires. ¡Iconoclastas! ¡Destruir tan impiamente nuestra poesía legendaria! ¡Si lo supiera Ricardo Rojas!...

Pero en vano pretendo penetrar en el remoto pasado. Nada veo, y no me extraña, porque la Facultad estaba entonces, como me lo atestiguaba De Diego, en la casi absoluta tiniebla. Vengamos a los tiempos históricos.

Ciencia

¡Qué hermosos tiempos aquellos de 1904! La Facultad la constituíamos un grupo de ocho, diez, doce muchachos, no recuerdo, del primer año. Éramos los menos, pero hacíamos más ruido que todos los demás. Algunos, como Juan Luis Ferrarotti, Emilio Ravignani, Alfredo Bianchi, Marcos Manuel Blanco (¡ay, todas personas serias actualmente, y abogados dos de ellas!) eran viejos frecuentadores de la Facultad; otros éramos novicios. De Diego, especie de Homero de la edad mítica llegado hasta nosotros, pontificaba en medio de todos. En otros círculos Salvador Debenedetti, Augusto Rivas, Francisco Chelia, Francisco D'Andrea (¿quién los recuerda a todos?). alumnos más adelantados, graves en la apostura y en el pensar, advertían con su presencia al transeunte, que en la Facultad había una nutrida falange de hombres, y si el transeunte hubiese entrado en las aulas, habría visto que esos hombres iban a ellas a estudiar de veras. Pero nosotros, los últimos llegados, teníamos la orgullosa conciencia de ser el alma juvenil de la casa. ¡Qué disputas armábamos! Las clases de Psicología y las de Literatura, cuyos asientos nos arrebatábamos, eran la tela habitual sobre la cual bordábamos las disputas. Todo lo sabíamos. Todo lo destruíamos. Ferrarotti era nuestro caudillo. Traía los bolsillos llenos de libros: en el sobretodo un tomo de paleontología y otro de estética; en el saco, un tratado de teosofía y un drama; en el chaleco, algún volumen de líricas; en los pantalones, fajos de diarios; bajo el brazo, enteras enciclopedias. Todos, a su semejanza, rellenábamos de papeles cuan-

to agujero hallábamos en nuestros trajes. Leíamos, ávidos de ciencia, con frenesí de sedientos, sin admitir que pudiésemos ignorar ninguna cuestión en el orden de los conocimientos humanos y divinos. Después discutíamos y nos insultábamos. De Diego no citaba a Kant sin indicar la página y la línea. Al salir de la Facultad, en procesión, continuábamos la polémica a través de Buenos Aires, pisándonos los talones, hasta acabar por la loma del diablo. Una vez gritábamos tan fuerte que un vigilante nos amenazó llevarnos a todos presos. Y otra vez que asistimos al velorio de la madre de un amigo queridísimo, casi nos hicimos echar, porque, borrachos de ardor polémico, nos pusimos a discutir a gritos una cuestión de estética que nos preocupaba, olvidándonos por completo del lugar y del momento en que estábamos.

Y como las clases de la Facultad no alcanzaban a vencer nuestra rabiosa sed de ciencia, íbamos también de vez en cuando algunos, todos los días otros, a las de Derecho, y aun no satisfechos, aunque cansados, tomamos la costumbre en 1905 de acudir en masa a las conferencias que daba Eduardo L. Holmberg en la Facultad de Ingeniería, *latas* interminables, heterogéneas y pintorescas que sorbíamos como néctar celestial.

El edén

Discutíamos y nos insultábamos en el más delicioso sitio que ha podido jamás crear la pereza de las autoridades de la casa: el patio de la Facultad, el patio de antaño, no afeado todavía por la estufa-heladera de la Biblioteca. Ahora el patio ya no existe: lo han asesinado. ¿Quién recuerda sin llorar el patio de antaño? En el ángulo sudoeste una parra colgaba sus racimos sobre una escalera de madera carcomida que llevaba al sótano, entonces refugio tan amable como tenebroso para los gatos enamorados. Donde hoy se levanta la Biblioteca, dos duraznos entretejian sus ramas, y a la sombra de su follaje, dos bancos hacían nuestra delicia: allí sesionábamos. ¡Nada de vanos aparatos de mosaicos! A nuestros pies la madre tierra. ¡Inolvidables horas del crepúsculo de primavera, cuando desde la reja de la calle los jazmines paraguayos nos enviaban su perfume, el sol doraba las cornisas del alto paredón, y las campanas de las Catalinas herían tristemente el aire sonoro!

Sí, diariamente nutríamos nuestro espíritu de armonía en la contemplación de esos ocasos del fraternal patio de entonces, sin perjuicio de nutrir también el cuerpo con los duraznos y la uva, dulcísimos a fe mía, que no sé si me los hacían parecer mejores mis semi-ayunos. Que diga Caldas, a quien subrepticamente acaban de arrebatarse a la Facultad Ravignani y Matienzo, para mandarlo ¡oh cielos! a criar chanchos, que diga cómo estudiamos nosotros en aquel verano de 1904 a 1905. De cuatro a siete, una media docena de muchachos fuimos infaltables a la cita de honor. Sacábamos un libro del gabinete de psicología, que entonces fingía también de biblioteca filosófica, nos atracábamos de duraznos, nos quitábamos el saco, y buscando un lugar sombreado, nos tendíamos muellemente a dormir sobre James, Paulhan o Ribot. . . Oh!

*¿Por qué volvéis a la memoria mía
Dulces recuerdos del placer perdido?*

Lejos del lector la idea, sin embargo, de que nosotros, viles espíritus domeñados por los apetitos de la carne, nos olvidáramos de hacer ciencia a todo pasto. El edén fué también nuestro gabinete de biología experimental. Allí fué—¡oh día feliz en que tuve la revelación del genio de Darwin!—allí fué donde De Diego, encaramado sobre un árbol, ladrando furiosamente a través de la negra pelambre con que él entonces enmelenaba y barbificaba su cabeza, nos demostró que el hombre desciende del mono.

El cementerio de los gatos

Allí se demostraban también experimentalmente las sabias leyes de la naturaleza, en cuyo seno, como muy profundamente dice un amigo mío, todo evoluciona a fuerza de cambiar, y hasta la hedionda materia corrompida se transforma en dulces y jugosos frutos. Al decir la vil materia corrompida me refiero a los gatos de marras, a los que el portero de la Universidad, el grande y noble Iglesias, daba caza escrupulosamente y enterraba luego al pie del durazno. ¡Pobres gatos! Tan amenos compañeros de nuestros ratos de aburrimiento! ¿Qué ex alumno recuerda sin enternecerse la poética música de sus idilios viniendo a interrumpir oportunamente a algún docto catedrático en lo más somnoliento de su exposición?

La matanza de los inocentes

Desde su tumba los gatos debían de reír cavernosamente. . . . Otras víctimas caían en la casa. El gabinete de psicología olía a sangre. Ritos cruentos se oficiaban sobre su mesa de mármol. ¿Cuántas ranas fueron decapitadas, cuántas palomas descerebradas o descerebelizadas, cuántos conejos apaleados, cuántos perros torturados entre sus muros siniestros? Contad las arenas del mar, las estrellas del cielo, los suspiros de los amantes. . . . ¡Oh, si nos convencimos de que una rana decapitada puede seguir bailando con armonía y distinción! Pero de lo que no nos quedó duda ninguna fué de que un conejo, cuando recibe un formidable palo en la nuca, se queda medio muerto.—Vean ustedes—nos decía el ayudante del doctor Piñero.—Una, dos, tres. . . . Y en efecto: cogía el garrote, zás! en la cabeza, y el conejo estiraba la pata. ¡Qué luz derrama la ciencia!

El heroísmo cotidiano

El heroísmo era nuestro estado natural. Nos desayunábamos con hechtos grandes, como otros con un par de huevos. Yo me hubiese sentido humillado en lo más hondo del alma, a no haber al menos en cada cuadra lanzado un grito, especie de reto dirigido a los hombres y a los astros. Llevaba el sombrero sobre la nuca, la negra corbata flotante y los botines invariablemente sucios. Todos coincidíamos en protestas análogas. Aborrecíamos a Jorge Cabral y a Gastón F. Tobal, porque usaban camisa planchada y se lustraban los elegantes zapatitos. Bianchi, en las épocas de huelga, se lanzaba a la calle de corbata roja y encendido clavel en el ojal, agitando un diario anarquista bajo la nariz de los vigilantes. Nadie lo llevaba preso. Ninguno de nosotros hubiese tenido el valor de afrontar el desprecio de los compañeros declarando ignorar uno solo de los volúmenes de la biblioteca Sempere. Kropotkine, Bakounine, Malato, Faure, Grave, nos eran tan familiares como la cara de Iglesias. Después nos volvimos todos nietzscheanos. Necesitábamos reformar urgentemente la sociedad. Hasta pensamos fundar una asociación secreta: *La Melinita*. ¡Cuando pienso que el secretario de la asociación debía de ser Ravignani, hoy día feliz dueño de una chacra! ¡Qué caída! De la melinita al chancho. . . . Bianchi

y yo, una tarde casi nos hacemos fusilar en la plaza Lavalle por la guardia de seguridad, en holocausto a nuestros ideales. Pero me vengué: escribí furiosos artículos en una revista hospitalaria, anunciando la aurora roja para dentro de brevísimo plazo.

Una magnífica ocasión se nos presentó en 1905, cuando Máximo Gorki fué encarcelado por la policía imperial. Inmediatamente constituímos un comité pro-Gorki, lanzamos nuestra voz al país e intimamos al gobierno ruso la libertad del novelista en un término perentorio. El gobierno no nos hizo caso. La Rusia fué mi sueño de algunos meses. Mi suprema aspiración era vivir en una buhardilla con una estudiante nihilista. Que nadie sospeche mal; no encontré a ninguna.

¡Qué dramas no planeamos, qué sistemas filosóficos no discurríamos, qué revistas no pensamos editar! De todo eso han quedado algunos artículos rugientes o dolientes, perdidos en publicaciones de tercer orden. . .

El amigo del cura

¡Si éramos héroes! ¿Quiénes, como nosotros, hubiesen escuchado hasta el fin, impávidos e ilesos, la lectura de un pavoroso drama de Carlos Alberto Leumann, en cinco inacabables actos, cuya acción se desarrollaba en la Cordillera? ¡Qué frío! Fuí valiente entonces, pero ahora tiemblo. Leumann nos leyó el cartapacio implacablemente en una pieza del Hospicio de las Mercedes, donde él residía como empleado, una pieza helada, húmeda, desmantelada, cuya sola vista ponía la piel de gallina. Yo vanamente pretendía calentarme los pies dentro del canasto de los papeles: el frío arreciaba y en tanto sobre los Andes la nieve no cesaba de caer. . . ¡Qué hermoso drama romántico!

En verdad, no tengo derecho a arrojarle mi piedra: todos fuimos, más tarde o más temprano, verdugos literarios de nuestros compañeros.

Leumann apareció en la Facultad una tarde de aquel año de 1904. Ya nos había llamado la atención su silueta pequeña y delgada y su sobretodo siempre izado hasta las orejas, cuando un día Bianchi hizo correr la voz de que había visto al desconocido la noche antes en la biblioteca de *La Prensa*, hablar

con un cura. ¡Con un cura! Sí, con un cura, que le había dicho: —“Muy bien, amiguito; ¿conque leyendo a Santa Teresa?” ¡Dejarse palmear por un cura y leer a Santa Teresa! Era ignominioso. Nuestra indignación no reconocía límites. Y ya habíamos empezado a reirnos volterianamente de él, cuando Bianchi trajo una nueva noticia: el desconocido se llamaba Carlos Alberto Leumann. ¡Carlos Alberto Leumann, el autor de las *Novelas fantásticas*! ¡Era el autor de un libro! Yo me precipité para que Bianchi me presentara a él. ¡Cómo se sonreía más tarde Leumann cuando le hablábamos de su sospechosa amistad con el buen padre que lo había conocido de niño!

Anarcos

¡Oh, no hablaba con curas él, no por cierto! Es el único que no ha cambiado. Es siempre él, eternamente joven. Anastasi era terrible, el más terrible de todos. Su frase, sólidamente rellena de lechos de Procasto, toneles de las Danaides, Olimpos, Tántalos, Prometeos, caballerizas de Augias y otras yerbas clásicas, se hinchaba como una gigantesca albóndiga, al calor de su elocuencia, hasta alcanzar a saciarnos a todos de anarquía y de revolución. Con ella y sus perentorias gambetas él exigía el pronto exterminio de todas las clases opresoras y el advenimiento de la sociedad futura. Hubo que verlo, magníficamente audaz, lanzar al rostro del Dr. Quesada en los exámenes de ciencia de la educación: “Doctor, retírese. Yo lo recuso”. Y hubo que verlo al Dr. Quesada erguirse como por resorte, y fulminándolo con los ojos y los bigotes, arrojarlo del aula con el brazo imperiosamente extendido!...

Su elocuencia sigue siendo terrible y continúa fustigando imperturbablemente a los tiranos.

Las medias de Almafuerte

De Diego pensó dar nuevos rumbos a la enseñanza de la moral en la Facultad. El doctor Rivarola, titular de la cátedra, estaba ausente, y la ocasión era propicia. “Debemos pedir que lo nombren a Almafuerte” — nos dijo de Diego, y para dar más sólido fundamento a su opinión rompió *ipso facto* una lámpara y descalabró una silla. Su dialéctica era convincente, pero

aún nos quedaban algunas dudas. “¿Por qué a Almafuerte?” — le preguntamos con timidez. — “Porque es un gran tipo que dice malas palabras. . . Se necesitan hombres como él”. Nos había vencido: no había nada que objetarle. Y entonces De Diego, aprovechando nuestro entusiasmo, nos propuso otra idea luminosa: “Muchachos, cuando se haga cargo de la cátedra, debemos regalarle una docena de medias de lana. Es un homenaje delicado, que él sabrá apreciar en lo que vale”.

Introducción de un nuevo culto

Pero no fué Almafuerte quien se hizo cargo de la cátedra. Sustituyó al Dr. Rivarola, durante su ausencia, un distinguido profesor y muy simpático espíritu, aunque inoportuno catedrático de filosofía. Comtista declarado, pretendió convertirnos a todos al culto de la Humanidad. Nuestro texto único fué el *Catecismo positivista*, e íbamos a clase como se va a la doctrina. Poco a poco la nueva fe iba penetrando en nuestros corazones pecadores, y ya habíamos resuelto colocar en los dos nichos del *hall* central las estatuas de Comte y de la Virgen Clotilde de Vaux, y yo había sentido encenderse en mi pecho una irresistible vocación por el sacerdocio positivista, cuando el profesor, interpretando suspicazmente por un *boycot* una casual inasistencia de toda la clase, resolvió presentar su renuncia al Consejo.

Fué llamado en su reemplazo el Dr. Korn, y yo en los exámenes me hice estoicamente reprobado. ¡Reprobado en moral! Es mi más legítimo orgullo. Una señorita compartió conmigo los laureles de la jornada.

El matriarcado

Porque había señoritas y señoras en la Facultad también entonces, no se piense lo contrario. Pocas sí, pero abundantes. No eran las imberbes doncellitas que hoy frecuentan sus aulas: distinguidas matronas muchas de ellas, adornadas de años y de virtudes, eran los sólidos pedestales sobre que se cimentaba el prestigio de la casa. Sería injusto, sin embargo, si no reconociera que alternaban con ellas algunas flores de gracia y de juventud, cuyas manos besó, como me descubro respetuosamente ante las primeras.

La revolución

En tanto los años pasaban y nuevos elementos iban entrando: Alberini, Achával, Ipiña... Un cambio total en el gusto y en las costumbres iba a operarse. He historiado los tiempos antiguos; debería ahora hacer lo mismo con los nuevos. Pero entre ambas épocas se interpone un acontecimiento capital que no puede ser pasado por alto: la Revolución. Tal como digo: nosotros hemos hecho una revolución.

Cuando se llega a ciertas cumbres de la historia, después de una fatigosa ascensión, antes de reemprender la marcha y descender al llano, se siente la necesidad de detenerse a descansar, a recobrar las fuerzas y a meditar también... Yo estoy en una de esas cumbres y es tanta la emoción que embarga mi ánimo, que mi pluma vacila en relatar lo que ve desde ella. Me es menester reconcentrarme sobre mí mismo, para poder proseguir. Por el momento pongo punto final a estos comentarios.

El que lo sabe todo...

Pero no antes de dirigir un saludo al fuerte varón que desde la puerta de la Facultad ha presidido durante tantos años a su agitada existencia. Eterno como el Tiempo, bajo su mirada serena se suceden las generaciones a las generaciones, y él permanece incommovible. ¡Salud, preclaro Iglesias, prez de la Universidad, guardián fiel de nuestro santuario, orgullo de nuestros doctos corredores! Tú sabes apreciar de una simple ojeada cuánto vale cada uno que entra por la gran puerta de roble; tú puedes decir cuánto tiempo permanecerá en la casa y si lo trae el amor de la ciencia o el inquieto hastío que busca distracciones; tú has escuchado a los profesores y podrías juzgar sin vacilación y sin error de su suficiencia; tú has visto más y sabes más que todos nosotros. ¡Y qué filosofía la tuya! ¿Fuiste tú el que escribiste sobre la puerta,

Lasciate ogni speranza o voi ch'entrate?

ROBERTO F. GIUSTI.